

Históricas Digital

Virginia Guedea

“Prefacio”

p. 5-12

El historiador frente a la historia

El tiempo en Mesoamérica

Virginia Guedea (coordinación)

México

Universidad Nacional Autónoma de México

Instituto de Investigaciones Históricas

2004

236 + [XII] p.

Ilustraciones

(Serie Divulgación 5)

ISBN 970-32-1871-7

Formato: PDF

Publicado en línea: 29 de junio de 2018

Disponible en:

http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/428/historiador_mesoamerica.html



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

DR © 2018, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



PREFACIO

Desde 1990, el Instituto de Investigaciones Históricas de la UNAM organiza cada año un ciclo de conferencias que lleva por título *El Historiador Frente a la Historia*. Son dos los propósitos fundamentales que han animado la organización de estos ciclos: por un lado, abrir un espacio para discutir tanto diversos aspectos del quehacer histórico como sus relaciones con otras disciplinas; por el otro, difundir de la manera más amplia posible entre quienes se interesan por la historia los nuevos conocimientos generados por las investigaciones de los especialistas que en estos ciclos participan.

Mi sugerencia de dedicar el undécimo ciclo de *El Historiador Frente a la Historia* a reflexionar sobre el tiempo fue acogida con entusiasmo por el doctor Miguel León-Portilla, quien con toda atinencia propuso dedicarlo a cuestiones relativas al tiempo en Mesoamérica. Si bien el tiempo es un factor a considerar en todas las disciplinas que cultivan el ser humano, y si bien la reflexión sobre el tiempo, sus concepciones y significados ha estado presente a todo lo largo y a todo lo ancho del quehacer histórico desde sus orígenes, las culturas mesoamericanas ofrecen un campo particularmente propicio para abordar estas cuestiones dado el lugar tan destacado que ocupan en su cosmovisión. Así, la propuesta despertó el interés de otros investigadores de Históricas, adscritos —como León-Portilla— al Área de México Prehispánico: los doctores Patrick Johansson, Federico Navarrete, Miguel Pastrana, Guilhem Olivier y Johanna Broda, quienes aceptaron tomar parte en él. También aceptaron participar dos especialistas más, los doctores Beatriz de la Fuente, del Instituto de Investigaciones Estéticas de la UNAM, y el doctor Ernesto Vargas, de Investigaciones Antropológicas, también de la UNAM.

Así fue como, alrededor de un eje común, el tiempo en Mesoamérica, se articularon los trabajos de los ocho conferencistas que conforman el presente volumen. Todos ellos, de una u otra forma, abordan cuestiones tales como qué es el tiempo, la necesidad que ha tenido el

ser humano de trascenderlo, cómo se le ha concebido y computado, la intrínseca vinculación que guarda con el espacio o dónde se ubica el pasado, cuáles son sus significados y cómo entenderlos y aprehenderlos. Y todos ellos también reconocen la utilidad de reflexionar sobre estas cuestiones, los problemas que plantea su estudio y cómo abordarlo, así como los avances alcanzados en él y la necesidad de proseguirlo. Además, cada uno se ocupa, desde las perspectivas que le proporcionan su propia especialidad y las investigaciones que ha llevado a cabo, de distintas temáticas relativas al tiempo en Mesoamérica.

En su trabajo, que tituló *Futuros del pasado*, con el que se inicia el presente volumen, Miguel León-Portilla se ocupa de reflexionar sobre el tiempo y la capacidad del ser humano de percibir sus duraciones, atributo que hace posible la historia; también sobre las diversas formas de atisbar el pasado, ya que el hombre no puede abarcarlo plenamente y, además, tiene que encontrarse con él sin salir de su presente, por lo que su búsqueda se hace desde distintos y cambiantes presentes.

Para acercarse a Mesoamérica, León-Portilla aborda la concepción maya del tiempo y la historia, cuyos estudios permiten ver que el pasado maya ha tenido futuros que han llegado hasta nosotros y que perdurarán en el porvenir. También se ocupa de los porvenires que forjó Mesoamérica, civilización originaria de la que escoge algunas creaciones que en su tiempo tuvieron significación sobresaliente y alcanzaron presencia y sentido en contextos temporales alejados, lo cual lo lleva a interesantes reflexiones sobre los diversos futuros que puede tener el pasado.

El autor se propone destacar dos puntos. Por un lado, el papel del historiador en el contexto del universo siempre cambiante del tiempo, quien debe preocuparse por conocer no tanto lo que ocurrió sino lo que de él, como futuro del pasado, puede atrapar en su propio contexto. Por el otro, las potencialidades semánticas y seminales de todo acontecer, que obligan al historiador a hurgar en todas las pluralidades significativas del suceso que le interesa. Y León-Portilla termina con una pregunta con la cual ejemplifica lo expuesto en su trabajo, relativa a cuándo comenzó a existir Mesoamérica y cuándo habrá de concluir, a la que, señala, es posible responder de diversas formas.



El trabajo de Federico Navarrete, *¿Dónde queda el pasado? Reflexiones sobre los cronotopos históricos*, hace ver que la obviedad para nosotros aparente en dicha pregunta no resulta tal cuando se analizan los cronotopos históricos de otras sociedades y culturas, para las cuales el pasado no queda atrás sino adelante o abajo.

Navarrete nos explica su concepto de cronotopo histórico y la utilidad que éste tiene para analizar la concepción que una cultura tiene del tiempo y de éste en la historia. Nos dice que los cronotopos históricos, además de proporcionar forma y sentido al tiempo y al espacio, las dan a los eventos mismos y a las acciones humanas y divinas dentro de la historia. Y para demostrar su hipótesis, compara los cronotopos históricos de tres tradiciones culturales disímboles. La occidental, cuyos rasgos esenciales son las ideas de la unicidad de la historia y la concepción lineal del tiempo; la mesoamericana, cuyas características principales son las de los turnos sucesivos y regulares y la pluralidad de tiempos y cronotopos que se dan simultáneamente, y la andina, donde el tiempo no se contaba de manera continua e ininterrumpida ni se le concebía independiente del espacio.

Con ello, se propone mostrar que la reflexión sobre el tema puede llevar a comprender de una nueva manera las realidades históricas que vivimos y las historias que escribimos. También a que pensar sobre los cronotopos es tarea de todos quienes estudian el pasado y el presente. Según el autor, preguntar dónde queda el pasado tiene sentido, porque podemos moverlo y modificar nuestra relación con él y con el futuro. Si lo concebimos como un turno que puede volver o una existencia latente que puede revitalizarse, nos dice, quizá podamos inventar un futuro menos destructivo.

En su trabajo, que lleva el título de *Espacio y tiempo en el arte*, Beatriz de la Fuente señala que, a pesar de saberse finito, el ser humano busca sobrepasar los límites espaciales y proyectarse más allá del tiempo, y esto lo ha hecho a través del arte, por lo que su estudio abre múltiples vías de reflexión sobre nuestra certeza de finitud y trascendencia.

La autora se plantea cuestiones tales como los caracteres del tiempo y del espacio en Mesoamérica, cómo los diferenciaron olmecas, mayas y mexicas, o si su noción del tiempo era cíclica y fa-

tal. También sobre la percepción que de semejantes fenómenos tienen quienes se interesan en ese pasado, los medios con los cuales enfrentar un espacio y un tiempo ajenos y cómo estudiar la relación del tiempo y el espacio en las creaciones de origen prehispánico. Y para dar respuesta a todas estas preguntas hace un cuidadoso e interesante análisis de las obras de arte producidas por las diferentes culturas mesoamericanas, en las que encuentra dos formas de leer el tiempo y el espacio: una horizontal, cronológica e histórica, desde nuestro lugar y época, que nos aleja del pasado mesoamericano; la otra, vertical y que hace renacer ese mundo extinguido gracias a sus formas artísticas y los mensajes que emiten desde su tiempo y espacio. La autora termina señalando, por un lado, que en su conjunto el rico mosaico del arte prehispánico nos habla de la búsqueda de plenitud ontológica y trascendente por las vías del tiempo y del espacio. Asimismo, que conocer a la humanidad a través del arte nos aproxima a múltiples caminos de respuesta a las preocupaciones básicas de la existencia, al devenir de la vida y a la permanencia más allá de los límites temporales y espaciales.

El tiempo y el espacio, dimensiones del calendario y la astronomía en Mesoamérica es el trabajo de Johanna Broda, quien aborda su objeto de estudio con un enfoque interdisciplinario y da cuenta tanto de las investigaciones emprendidas sobre calendarios y escritura mesoamericanos como de los importantes avances en el estudio de los códices que demuestran que su lectura e interpretación implicaban complejos cálculos del tiempo que se remontan hasta el tercer milenio a. C. También se pregunta sobre los principios que permitieron hacer tales observaciones, y nos dice que uno de ellos es la orientación de sitios y pirámides, que convierte al paisaje en uno ritual.

La autora señala que se pueden ya proponer, nuevas interpretaciones sobre la astronomía prehispánica. Construida a partir de observaciones a simple vista, un método clave era observar el movimiento anual del Sol sobre el horizonte, artificialmente creado en algunos casos. De sus investigaciones concluye que en la Cuenca de México existía una tradición de lugares sagrados cuyos orígenes datan de la época de Cuicuilco, que pervivieron durante el Clásico y más tarde fueron utilizados por los mexicas.

En la parte final del trabajo propone algunas hipótesis sobre la percepción de la latitud que pudieron haber tenido los mesoamericanos y cuestiona las implicaciones de ciertas observaciones y conocimientos calendáricos y su relación con la percepción del espacio geográfico. Broda termina con una propuesta, relativa a que la influencia política y cultural de Teotihuacan que se hizo sentir en los límites de Mesoamérica obedecía no sólo a sus intereses políticos sino también a un interés por explorar la naturaleza.

Patrick Johansson, en su trabajo *Tiempo y muerte en el mundo náhuatl prehispánico*, nos dice que para el pensamiento indígena la muerte fue parte constitutiva de la vida, contradicción que lo lleva a consideraciones epistemológicas sobre cómo acercarse a una otredad cultural pasada que debe describirse sin desvirtuarla.

Según Johansson, el tiempo y la muerte como partes constitutivas del movimiento vital se traman en una urdimbre mitológica. En el mito del quinto sol la muerte sacrificial de los dioses crea el movimiento espacio-temporal y se instaura como factor imprescindible en la estructuración de la vida; también se define el ritmo dual motor de ese movimiento: los cursos del Sol y de la Luna, que determinan su carácter cíclico y se insertan en una periodicidad más extensa, la anual.

El ser humano, nos dice el autor, se gesta a imagen del Sol; también toma el modelo de la Luna, y el tenor cíclico de la vida tiene de particular que lo que avanza en el espacio-tiempo regresa inevitablemente a su punto de partida. El *ethos* indígena precolombino elaboró una cultura que preveía el reciclaje periódico de todo lo existente. El Sol lo hacía cada noche, cada año y cada 52 años, y la Luna cada mes, mientras que las fases del ciclo vegetal seguían el modelo evolución/involución establecido por los astros. La muerte en el mundo náhuatl, entonces, representa una transición hacia otro estado u otra fase del ciclo. Johansson analiza la dualidad y el ciclo en varias instancias. Nos dice que los sacrificios humanos tenían como uno de sus propósitos la intención de matar a un joven para alimentar al Sol y para evitar su entropía. Así, la muerte viene a ser generadora.

También pasan los años por los dioses. Niñez, juventud y vejez en la cosmovisión mesoamericana es el trabajo de Guilhem Olivier, quien señala que los mitos mesoamericanos colocan a los dioses en el



origen de la creación de estos ciclos y los vemos asociados con el tiempo como sus patrones. Pero también pasan por ellos los años y hasta mueren; ¿cómo entender esta contradicción?

Según Olivier, los dioses se caracterizan por cierta edad, si bien los rasgos dominantes nunca se encuentran de manera absoluta. La dualidad que Eric Thompson encuentra en el caso de los dioses mayas, y que resulta válida para todas las deidades mesoamericanas, se extiende también a la edad; son seres móviles, dinámicos, que evolucionan y se transforman en función de complejos ciclos míticos y temporales. Así, son capaces de rebasar los límites temporales de su propio ser; también de transformarse en animales o fenómenos atmosféricos. Olivier señala que cabe preguntarse si la capacidad de cambiar de edad puede incluirse en el marco del concepto del nahualismo. En todo caso, nos dice, el poder que los dioses tenían sobre su edad, descuidado por los especialistas, amerita investigaciones más pormenorizadas.

Para terminar, el autor retoma la aparente contradicción señalada al principio, limitándose a proponer pistas e interrogantes. Nos dice que los dioses mesoamericanos forman parte de un universo en movimiento al cual se integran, por lo que no están más allá o fuera de este orden. No obstante, mecanismos rituales y míticos les permiten, a través de sacrificios y otras muertes simbólicas, renacer para cumplir con sus papeles en los ciclos siguientes. Dioses que vivían, morían y renacían cíclicamente, según Olivier, tenían también el dominio de su edad.

En su trabajo, titulado *Notas acerca de la apropiación del pasado tolteca en el presente mexicana*, Miguel Pastrana se pregunta sobre lo que pensaban los mexicas respecto de la ciudad de Quetzalcóatl y sus habitantes, pero antes de contestar hace unas consideraciones previas, señalando que todo discurso histórico entraña una cierta forma de conciencia de la realidad, de entender ese pasado desde un presente específico. Desde esa perspectiva, se propone señalar algunos de los aspectos más notables de la visión mexica del pasado tolteca y de cómo hizo suyos aspectos nodales de ese pasado.

Pastrana parte de la hipótesis de que Tollan es un complejo cultural paradigmático de los antiguos nahuas que comprende principalmente cuatro campos: la ciudad, el poder, la cultura y el deve-



nir, los que analiza tanto en lo que se refiere a la propia Tollan como en cuanto a la forma en que son reproducidos en Tenochtitlan. Nos dice que en la historiografía de tradición náhuatl Tollan se presenta con una doble realidad: una ideal, paradigma de una urbe maravillosa donde todo es posible y que se convierte en modelo de otras, y otra real, encarnada en diferentes tiempos y lugares. Así, los textos sobre la ciudad de los toltecas nos remiten más bien al concepto de esa urbe ideal; se trata de una realidad mental. Tenochtitlan es la encarnación de un concepto, y los mexicas incorporaron a la construcción de su presente como pueblo hegemónico los modelos atribuidos a los toltecas. Para Pastrana, el discurso histórico mexica sobre Tollan es un juego de espejos; en el pasado los mexicas ven el paradigma del poder y al mismo tiempo este discurso refleja su propia realidad como pueblo hegemónico.

Tiempo y espacio sagrados entre los mayas. El katún 8 ahau: patrón cíclico, de Ernesto Vargas Pacheco, es el trabajo que cierra este volumen, en el que nos dice que el modelo general del tiempo y del espacio entre los mayas es un modelo de tiempo cíclico vinculado con el calendárico y un modelo de la división cuatripartita del espacio.

En su ensayo, Vargas determina el modelo cíclico del tiempo de los mayas para a su vez determinar qué planteamientos y usos del tiempo se dieron en los distintos grupos sociales. Señala que el katún 8 ahau era el de la guerra, la conquista y el cambio, y en cada 13 dobleces de este katún se abandonó o destruyó una ciudad. Le interesa en particular la posibilidad de comprobar que los itzáes se desplazaron obedeciendo reglas claras de su cosmovisión, primero hacia el oriente, luego al poniente, centro, norte y sur, y que hay un claro patrón cíclico en su migración: en cada 2 ahau se establecían los itzáes en un sitio, y en cada 8 ahau lo dejaban. No sabemos, nos dice, si repitieron su historia cada 260 años, pero sí que los amanuenses quisieron que ésa fuera su historia.

El trabajo da cuenta de los eventos astronómicos, así como de los acontecimientos importantes respecto de los movimientos de los itzáes, que se dieron en cada katún 8 ahau, incluida su conquista por los españoles, que coincide con el final de uno de estos katunes. Y el autor termina señalando que su ensayo presenta una propuesta alternativa a la de desarrollo, apogeo y caída de las civilizaciones



mesoamericanas, la que no logra explicar los procesos y la dinámica de los pueblos mayas, mientras que el análisis histórico de ciclos de desarrollo resulta más productivo.

Expuestos aquí de manera por demás esquemática amén de incompleta, los trabajos que conforman el presente volumen constituyen una importante aportación al estudio del tiempo, no sólo en Mesoamérica, que resulta ser su principal propósito, sino al de otros espacios y otros periodos, ya que se ocupan de cuestiones generales relativas a su análisis que rebasan el ámbito mesoamericano y abren interesantes vías para abordarlo. Por ello, debo dar las más cumplidas gracias a sus autores, tanto por haber tomado parte en el ciclo de conferencias como por la calidad de sus colaboraciones, lo que ha permitido al Instituto de Investigaciones Históricas cumplir con esa función académica, esencial a la Universidad, de difundir de la manera más amplia posible los resultados de los trabajos de investigación que en ella se llevan a cabo.

Virginia Guedea
21 de mayo de 2003